

«nada de particular», salvo ese dulce y misterioso poder de sugestión que sabe insinuársenos: podríamos vivir aquí.

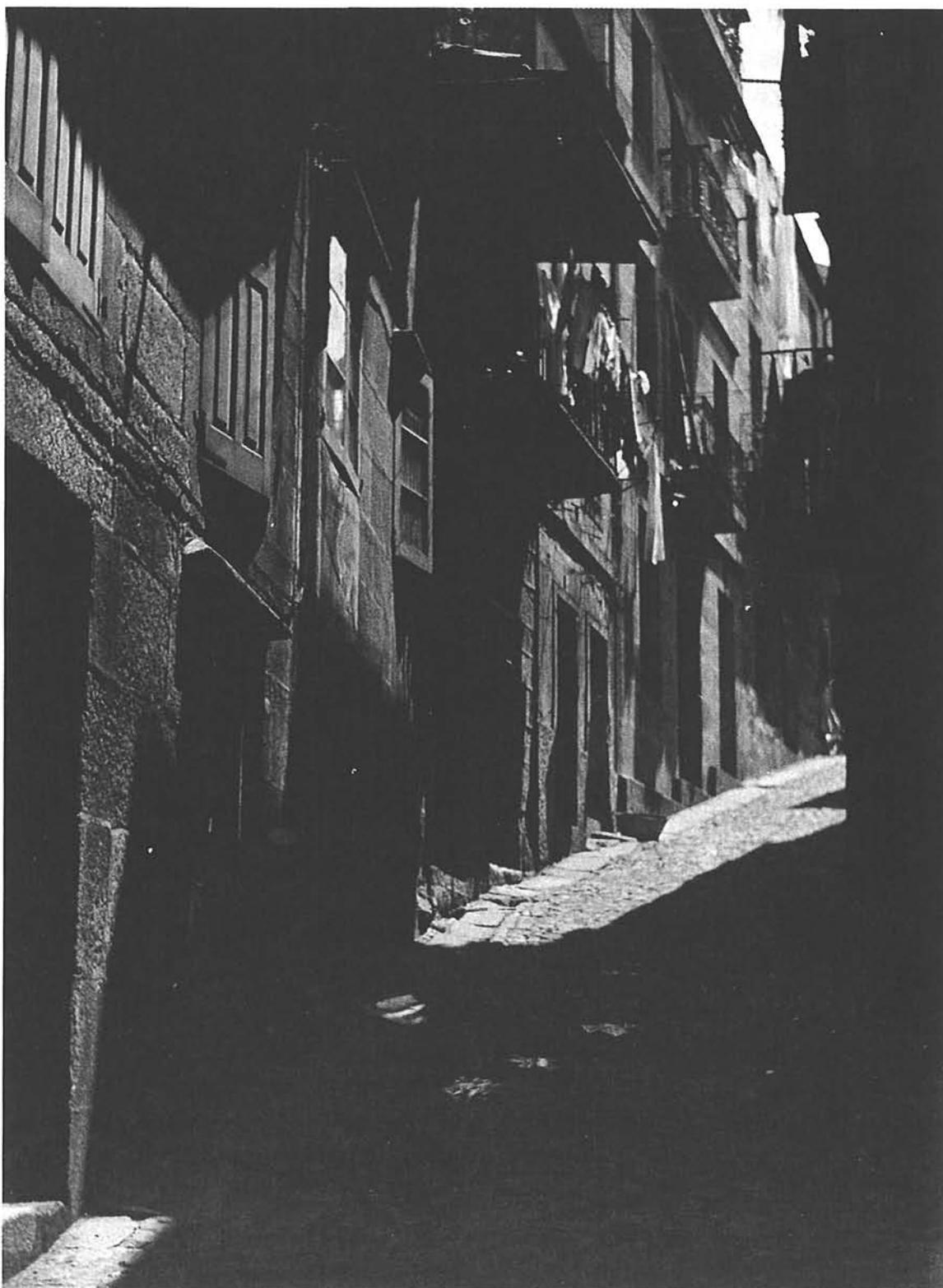
Y he vuelto a acordarme con total exactitud: los muy bellos árboles alrededor de la iglesia, cuyo campanario apenas logra hacerse notar, el pequeño paseo alineado de tamarindos donde caminé con T., y ese viento frío y vivaz que bate los parapetos de granito en cuanto el sol descende, y que en ningún otro lugar se me antoja tan vigorizante.

En comparación, la fealdad de *Paimpol* me ha parecido deprimente, y capaz por sí sola de explicar el alto índice de muertes en el mar de los pescadores islandeses: no soportaban volver a verla.

Libros eróticos. Hoy en día, se multiplican como hongos. Ninguno de sus autores parece haberse dado cuenta por un instante de cuál es la regla de oro de su arte: en esta materia, nada es más poético, nada cuenta más que el primer paso, y aun ni tan siquiera ese paso: el primer gesto, la primera mirada transgresora. Una vez pasada esa sensación de fuego helado en la piel, de viento frío y ardiente semejante a la del que corre a ras de suelo ante un temblor de tierra y franquea el umbral de una garganta estrangulada, no hay nada... nada, esto es, que la pluma pueda usar. Sin embargo, ¿dónde está el apuntador benéfico al que estos autores deberían pagar para que les murmurara sin cesar al oído:

*...Enough, –no more
T’is not so sweet as it was before?*

Traducción de Jordi Doce



Vigo